

Santiago de Chile, Viernes 25 de Octubre de 2002

¿Quién le da boleto a los boletos?

Por Marcelo Ibáñez

"La idea era hacer un boleto escolar que se acercara a los niños. Me acuerdo que estaban mis hijos chicos y me inspiré en eso, en sus caritas de cuando los veía estudiar. Dibujé el boleto y se lo ofrecimos a los empresarios. Esa fue una creación mía". Así nació un clásico. El de la portada de esta Zona. El que habla es Tomás Zuñiga (53), dibujante que trabaja en la Casa de Moneda de Chile desde 1975. Él junto a Alejandro Inostroza (53), quien llegó a esa misma institución un año antes, fueron los anónimos responsables en convertir a los boletos de micro en una pequeña obra de dibujo y diseño. Sus creaciones no se pueden apreciar en ningún museo. Pero hay colecciones privadas como las de Antonio Santander (34) que guardan su legado. Antonio no conoce personalmente a estos dibujantes. Ni siquiera sabe sus nombres, pero en su colección de 15 mil boletos guarda cada pequeña obra de ellos como un preciado tesoro. "Los boletos de los 80s y mediados de los 90s, son los más hermosos y de mejor calidad, porque es un papel más resistente que inclusive lo puedes lavar. Ahora los boletos no son muy buenos, hay mucha diferencia de tono y eso no pasaba cuando los hacía la Casa de Moneda. Ellos son la época dorada de los boletos".

"Lo más lejos que he llegado buscando boletos fue hasta Puerto Montt. Me fuí ocho días, ciudad por ciudad recogiendo boletos. Esto es igual que el cazador detrás de la presa. He andado años detrás del boleto que me falta para completar la serie y de repente lo encuentro en la calle, y como que ¡ahhhh, aquí está! Uno empieza a suspirar. Otro triunfo más, un problema menos". El que habla es Pedro Guzmán (60). Coleccionista desde hace 12 años y con 20 mil boletos clasificados, es otro de los capos. "Lo que más se ha llegado a pagar por una colección fue \$4.500.000. Esa colección de boletos antiguos era la mitad de la que yo tengo, así que la mía debe valer como 8 millones".

Ahora hay cerca de 70 coleccionistas en Santiago, otros en Viña, Valparaíso, Concepción, Temuco y Puerto Montt. Pero Pedro y Antonio están entre los primeros.



TU ABUELO LOS

ARRUGABA: El primero no es nazi, es un boleto de 1915-1920 que promocionaba a los lubricantes Energina con una esvástica (que es el símbolo indio de la energía cósmica) como logotipo. El de línea Catedral es de 1935-1945. El boleto con perf

Intercambiando con amigos, reuniéndolos en la calle o recorriendo persas y librerías de viejos, ellos se hicieron expertos. Antonio: "La mayoría de los coleccionistas solo lo hacen por juntar. Yo he tratado de ir al contexto histórico del boleto, porque es una parte que no está testimoniada. Ni siquiera los empresarios microbuseros se han preocupado de guardar boletos o micros antiguas. Me puse a buscar principalmente boletos antiguos para testimoniar su proceso evolutivo". Los boletos son como la vida: pequeños y hechos de detalles. Teléfonos de cuando Santiago usaba solo 5 dígitos, centavos, pesos, escudos, razón social de las imprentas, direcciones, publicidad, nombre de la empresa de transporte, tipo de papel y tipografía, colores de la serie numérica, diseños, isotipos, logotipos, boletos diurnos, vespertinos y nocturnos, vocales de la serie. Todas pistas que develan una época. Antonio: "Si uno es observador, pequeños detalles como esos te sirven para situar al boleto en su contexto"

Los primeros boletos aparecieron junto a los tranvías eléctricos, en 1896. Eran de papel roneo y bastante feos. Hasta antes de eso existían solo tranvías de sangre (tirados por caballos) que daban fichas de ebonita, igual que las que se usaban en las salitreras. Luego vinieron los tranvías de verano, con cortinas en lugar de paredes, autos Ford acondicionados como buses, góndolas (micros de madera) y micros de puerta mecánica. Todo el remoto árbol genealógico de las micros actuales. Y los boletos siempre estuvieron ahí. Boletos que viajaban por recorridos que ya no existen, en máquinas que ya no existen, que te llevaban a lugares que ya no existen y que publicitaban cosas que ya no existen. Desde bazares, ferreterías, aceites y lubricantes hasta candidatos a diputado. En 1965 los boletos se convirtieron en especies valoradas, por lo que solo podían ser impresos por la Casa de Moneda. Ahí los boletos comenzaron a evolucionar rápidamente. Tomás Zúñiga: "La primera generación que estuvo a cargo de los boletos fueron unos viejitos que eran nuestros jefes: Dreter Busse y Alberto Mathei, ambos ya fallecidos. Ellos empezaron a formar gente nueva. Ahí llegamos Alejandro Inostroza y yo". Partieron como aprendices hasta que en 1978, pasaron a ser la dupla encargada de los boletos. Y tenían hartos trabajos. En los '60s, la Casa de Moneda imprimía aproximadamente mil millones de boletos anuales, llegando con el tiempo a un máximo de mil ochocientos millones. Ahora hacen entre 400 y 500 mil boletos al año. Tomás: "Acá uno comienza haciendo dibujos para los boletos de micro. Es lo primero en un proceso de aprendizaje que se va complicando hasta llegar a poder crear un billete. En el boleto puedes recrear varias cosas. Pueden ser súper simples u obritas de arte cuando uno se entusiasma, tanto así que van a parar a manos de coleccionistas". Alejandro Inostroza, su partner: "Al comienzo el diseño de los boletos era un trabajo simple, por una cuestión de las máquinas de impresión. Una vez que la maquinaria fue aceptando más detalles, uno se colocó más exigente y osado. En ese tiempo los textos se hacían a mano. Uno de los desafíos más grandes era hacer los textos curvos. Todo lo hacíamos con compás, pluma y tinta china". Como verdaderos artesanos de la ilustración, ambos dibujaban los originales en un tamaño cinco veces más grande que un boleto, para luego reducirlos fotográficamente. Tomás: "Cuando cambió el sistema de contrato (1981), los empresarios se sintieron más libres para mandar hacer los boletos. Y con un espíritu competitivo comenzaron a buscar alternativas dentro de sus imágenes corporativas, con diseños más personales. La idea era imponer una marca. Ahí los boletos se comenzaron a enriquecer y el desafío fue mayor. Se hizo un trabajo complejo, de categoría, se aumentó la cantidad de colores. Era mucho más complicado, podías hacer más detalles y se necesitaba más precisión. Incluso tenían fondos de seguridad para ir marcando la exclusividad. Era rico hacer los boletos, tenían su mística y su disciplina especial. Era un trabajo exigente, no cualquiera lo hacía bien". Ahí comenzó la explosión de diseños, formas y colores. Ya saben, la época dorada. Así nació la costumbre de los empresarios

microbuseros de todo Chile, por hacer diseños particulares. Cuando en 1991 la Casa de Moneda perdió su exclusividad, la mayoría de los empresarios comenzaron a hacer sus boletos en imprentas de costos más bajos. Y de menor calidad. Como ahora se hacían más fáciles de copiar, cada cierto tiempo cambiaban los diseños para controlar la evasión de boletos. Y por eso comenzaron los concursos de raspe, cartillas, boletos sumergidos en cloro, sorteos y el famoso canje del millón de boletos por una silla de ruedas.

Ricardo Rosas (26) es diseñador y trabaja en Impresores 27, una de las tantas imprentas que ahora hacen boletos. "En la imprenta hay una caja como de 100 disquetes con diseños antiguos. Ahí busco los dibujos de micros o escolares. A mi me da lata dibujar una micro de nuevo si ya está hecho. Te demorai mucho, es un cacho. Por eso saco las ilustraciones de los antiguos diseñadores, que están súper bien hechas. De repente hay unos triangulitos que se notan apenas y que son para crear el efecto de transparencia en las ventanas de las micros. Es una cosita minúscula que pa' verla en el boleto tenís que usar lupa, es apenas un punto. Y el loco se dió el trabajo de hacer eso. Yo no lo haría. Los diseños de boleto tienen herencia, aunque no sé quien los habrá hecho antes". Ahora sabes de donde viene la herencia de los boletos. De los dibujantes Alejandro Inostroza y Tomás Zuñiga: "Yo creo que la mayoría de los boletos actuales son una imitación de los que hacíamos nosotros. Son más baratos pero no tienen la calidad que tenían acá, porque cuando nosotros teníamos que hacer una figura o una cara la estudiábamos, estudiábamos el movimiento. No era llegar y hacerlo".